

como la que bulle en la proa del barco, se hacina junto á éste. Son las familias de los emigrantes, los que quedarán en la patria royendo los postreros mendrugos.

Una música suena, entonando aires populares, dentro del vapor. Es música de despedida. No tendrán los emigrantes queja. La patria no les dan pan, pero les da un concierto. Algo es algo.

El vapor zarpa. Cientos de pañuelos se agitan en el muelle; cientos de pañuelos les contestan desde encima del barco; algunos, muchos de estos pañuelos últimos, no llegan al aire, se detienen y se aprietan en los párpados de sus dueños para recoger lágrimas.

El correo hiende las aguas.

Allá van los miserables, los hambrientos; allá van, en busca del mendrugo.

La música toca una *matchicha*.



¡¡Aná!!

Fué un hecho sencillo, una impresión rápida y profunda; hiriente y dulce á un tiempo, como la herida producida por un estilete que llevase impregnado su acero con el bálsamo curador.

Acabábamos de llegar á Valencia. El *Felisa*, anclado pocos segundos antes, viraba, apoyándose en dos cabos de cuerda para recostarse contra el murallón de granito; los pasajeros, inclinándonos sobre la borda, mirábamos la maniobra de un vapor que entraba en el muelle, conduciendo soldados y presidiarios cumplidos de nuestras posesiones de Africa.

En el muelle aguardaban á que diese fondo el correo africano, multitud de personas, tra-

jeadas casi todas ellas á usanza popular. Eran madres, novias, hermanas; ancianos con el cuerpo temblón; mozos con el ademán impaciente; familias de la sangre ó del alma, que se empujaban unas á otras para contemplar más de cerca al ser querido que arribaba.

Entre aquella multitud había una figura de mujer que atrajo la atención de todos nosotros.

Alta, pálida, enlutada, hermosa de rostro, gallarda de estatura y sombría de gesto, apretaba sus labios con nervioso frunce y clavaba en el barco sus ojos negros y recogidos en los arcos de unas pestañas pulimentadas por el llanto. Sola, apartada del resto de la gente, con los brazos caídos al largo del mantón de luto, el cuerpo rígido y el rostro inmóvil, parecía una estatua de mármol: la estatua del dolor sorprendida por la felicidad.

—¡Ana!—gritó de la parte del mar una voz varonil, que nos hizo volver la cara.—¡Ana!—repitió con entonación incopiable, que participaba de la carcajada y del sollozo, del lamento de angustia y del beso de amor—¡¡Ana!!...

Quien tal nombre, de aquella forma pronunciado, enviaba al muelle, no era un soldado, un servidor de España, ostentando orgullosa y alegremente sobre el pecho la roja banda, anunciadora del servicio cumplido. Era un hombre de treinta y siete á treinta y ocho años, un presidiario licenciado que, al fin de su condena, regresaba á la tierra natal con el semblante curtido por el sol, la conciencia limada por el remordimiento y el corazón sacudido por la incertidumbre.

Vestia traje de dril blanco, como si quisiera borrar con las purezas de su traje las negruras de su vida anterior; su mano derecha agitaba una gorra, blanca también, y por su boca salía febril, impaciente, desgarrador, único, este nombre: ¡Ana!... ¡¡Ana!!...

La voz de aquel hombre era una mezcla sublime de rugido de fiera y arrullo de paloma; de gorjeo de pájaro que regresa á su nido y alarido de tigre que recobra su hembra.

Podíamos estudiar su fisonomía gesto á gesto; sólo nos separaban de él cinco ó seis metros de distancia,

No era uno de esos tipos repugnantes que la Naturaleza aborta, y el presidio concluye la tarea horrible de embrutecer. En sus ojos azules había franqueza y dulzura; en su cara pálida energía y bondad; en su cuerpo, bien proporcionado, esbeltez y vigor.

Acaso, en un momento de ira, aquellos ojos relampaguearon con furia, aquel semblante enlivedió á impulsos del odio, aquel cuerpo dió un salto homicida, y la diestra, que agitaba ahora la gorra blanca, empuñó entonces la faca de hierro para hundirla hasta el mango en el corazón de su prójimo. Acaso entonces inspiraría repugnancia y horror; pero en aquel instante, cuando sus pupilas brillaban con luz cariñosa, y sus mejillas se coloreaban de placer, y su cuerpo temblaba de ansiedad, y su mano derecha sacudía la gorra, mientras la izquierda enjugaba en sus ojos el llanto, caído de ellos para humedecer las letras del nombre por su boca lanzado al aire, sólo inspiraba simpatía, respeto, compasión.

—¡Anal—dijo otra vez; y, no había duda, era á ella, á la mujer enlutada, á la pálida estatua

de carne, que esperaba en el muelle, á quien iban dirigidas sus voces.

Tal vez un día, por celos de *ella*, porque otro hombre quiso gozar la posesión de *ella*, trocóse el honrado trabajador en cruel homicida y perdió su libertad, porque no quería perder su ventura. ¡Quién sabe si mató por *ella*, para *ella*; por eso la llamaba con voces de macho que recobra á su hembra, de pájaro que regresa á su nido, mientras ella, avanzando con apasionada lentitud hasta el límite extremo del muelle, le miraba con sus ojos grandes, abiertos de par en par y brillantados por el llanto!...

No fué descenso; fué salto de león el que dió el hombre sobre el muelle. La mujer extendió los brazos, recogióla él entre los suyos, y de aquel grupo hermoso sólo brotó una frase, saltando, como el resumen de dos vidas, entre suspiros y sollozos y besos:

—¡Anal... ¡¡Anall...



Debajo del mar.

Al salir de la cueva, la luz del sol que se hundía en el mar cubriéndolo de tintas violáceas y reverberaciones rojizas me hizo guiñar los ojos. Tenía aplastado el cerebro. La contemplación de aquella belleza desconocida, nueva absolutamente para mí, me produjo el efecto de un puñetazo en el cráneo; las ideas saltaban dentro de él dislocadas, confusas, atropellándose unas á otras, sucediéndose vertiginosamente, sin orden, sin disciplina, sin concierto, como un ejército que se desbanda. Un mundo de impresiones se alzaba en mi imaginación; pero un mundo no hecho aún, mundo donde todo andaba revuelto, en pleno caos.

Si alguien me hubiese preguntado entonces: "¿qué le parecen á usted las cuevas del Drach?", le hubiese respondido: "No sé." Recuerdo que un compañero de excursión me dirigió algunas palabras. Yo le contesté: Déjame; no me hables; no puedo hablar; tengo el pensamiento rendido.

Así era en efecto; acababa de recibir una violenta sacudida. La Naturaleza, la hembra sublime, siempre desflorada y siempre virgen, se había entregado á mí una vez más, y yo, luego de gozarla, de hacerla mía, de sentir en toda su intensidad brutal el espasmo nervioso del deleite, experimentaba ese cansancio, esa laxitud, ese amodorramiento, ese desplome absoluto del organismo que sigue al placer de la posesión.

¡Las cuevas del Drach!... Un mundo pequeño construido en las entrañas de la tierra por una gota de agua. Mundo silencioso, sombrío, mudo, ciego; *in pace* gigantesco, donde la voz humana es un insulto y la luz del guía un desacato. Mundo que vive en lenta y perpetua gestación, en crecimiento imperdurable, en la-

bor constante, en remozamiento continuo; que tiene bosques y campos y montañas y ciudades y calles y edificios y templos, sin que á su creación haya contribuido más que un artifice, la gota de agua; gota de agua, que resbala dulce y pausadamente por la superficie de la estalactita y queda suspendida de ella como una lágrima, para caer luego, con ruido de beso juvenil, en las aguas dormidas de aquellos lagos siempre inmóviles, faltos de luz que los colore y de viento que los sacuda.

Este mundo se nos entregaba de un modo fantástico. Tan pronto surgía enfrente de nosotros, iluminado por las torcidas de manganeso, que el guía quemaba sin avisar á nadie, como se ocultaba en la sombra, para resurgir á los pocos segundos y volver á ocultarse después... Era la suya una visión intermitente, un paso brusco del deslumbramiento á la ceguera, un espectáculo sólo comparable al que ofrece la costa, vista desde las bordas del buque en las noches de tempestad, cuando se avanza entre tinieblas, sin ver nada, y un relámpago, abriendo impensadamente las nu-

bes, nos lo muestra todo de golpe: el mar, el cielo, los montes, las llanuras, el dibujo caprichoso del caserío, el perfil místico de las iglesias... todo, sólo que todo se borra también de golpe, todo desaparece súbito, todo se hunde nuevamente en la oscuridad, haciendo que nos preguntemos con asombro y con miedo: "¿He visto lo que he visto, ó no?"... Y uno duda y vacila, y acabaría por decir, "no, no he visto nada", si el faro del puerto, brillando en la oscuridad, como un grito de luz, no nos respondiera: "Has visto bien; esta es la costa. Aquí la tienes."

Tampoco hubiéramos creído, cuando nos envolvía la sombra, en la realidad de aquella estupenda visión subterránea, á no brillar delante de nosotros el farol del guía como una esperanza, que nos gritaba: "¡Un poco de paciencia! ¡Aguardad y veréis más, mucho más y más bello de lo que lleváis visto."

Y veíamos más... ¡siempre más!... ¿Qué veíamos?

Una maravilla. ¡Trabajo portentoso el realizado por las gotas de agua en el subsuelo

de nuestra vivienda común!... Esta galería era calle museo, donde se alineaban edificios gigantes, en cada uno de los cuales habia dejado su huella y su fórmula, una arquitectura religiosa distinta... Aquí un templo griego, medio arruinado, con sus esbeltas columnatas, con su elegante pórtico, con su gallardo peristilo; á su lado, una fachada gótica, con sus ventanas ojivales, con sus arcadas severas, con su afán perpetuo de elevarse á la altura y convertir la piedra en oración; junto á ella, un trozo de idolatrorio mejicano, confundiendo las líneas de su dibujo semisalvaje, con las de la vivienda jeroglífica de un sacerdote egipcio, á la que se unian los fragmentos de una pagoda india despanzurrada. Enfrente, una capilla del Renacimiento, donde estalactitas y estalacmitas se burlaban de los artistas de aquella época, combinándose con las más elegantes y airosas combinaciones geométricas que imaginarse puedan; cerca, un apunte de iglesia románica; más lejos el esbozo de una catedral bizantina; más lejos aún espeso bosque de arcos semicirculares, soste-

nidos por columnas bajas y caladas, que evocaban esas mezquitas, donde sueñan los árabes con su paraíso lascivo y carnal. Al término de la galería, al desembocar en ancha plazoleta, aparecía la arquitectura romana, sola, con sus templos, con sus palacios, con sus acueductos, con su circo, desde cuyas gradas el pueblo reverenciaba al César, al Dios hecho carne de la religión del despotismo... Sola estaba, como si el orgullo del pueblo que la dió vida, que dominó la tierra, hubiese llegado debajo de la tierra también, á pedir un puesto de honor, en el que reinara como soberana única, sin rivales ni copartícipes. Era la visión algo así como un juicio apocalíptico de la madre naturaleza, que había llevado á la barra á todas las religiones, para encerrarlas y confundirlas, por sus desaciertos, en una mazmorra, donde tuvieran que mirarse y combatirse los dioses cara á cara.

Las mismas arquitecturas, más en pequeño, se esbozaban por los huecos libres de la vía monumental, formando callejas retorcidas que se perdían en la sombra: Una ciudad entera,

cuyos límites se desvanecían en el fondo de negruras inexploradas.

Y tras de la ciudad el campo, con sus montañas esqueletoideas, y sus abismos amenazadores; con sus bosques, donde todos los árboles se mezclaban, constituyendo una flora loca, en cuya formación hicieron las gotas de agua el papel de sembradores borrachos, arrojando al azar y brotasen como brotasen, las simientes de todos los climas. Los pinos se enroscaban con las palmeras, las palmeras con los sauces, los sauces con los olivos, los olivos con los plátanos, las encinas con los bambúes, el roble con el sándalo, el naranjo con el ébano, el espino con el cañaveral... ¡Promiscuidad inaudita y sublime!

Al término del bosque, aparecía la llanura con su espléndida vegetación. Tan pronto era ésta un grupo de estalactitas que se extendían, en multitud finísima de hierbas, como un cuadro extenso de verdura, ó un campo de trigo con sus tallos flexibles y sus espigas repretadas, ó un viñedo con sus sarmientos retorcidos, ó un maizal con sus apopléticas ma-

zorcas... Sólo que, por un fenómeno rarísimo, por una nueva extravagancia de los sembradores borrachos, la vegetación estaba invertida, no brotaba del suelo, sino del techo resquebrajado de la cueva.

La visión no terminaba aún; seguía hacia adelante, siempre variando. Y cuando se perdió la ciudad en la sombra, cuando los montes desaparecieron y los bosques se achicaron en la lejanía, y las vegetaciones de los valles fueron haciéndose más raras hasta convertir la cueva en un erial, cuando creíamos que el espectáculo terminaba, cuando, envueltos de repente por la obscuridad, pensábamos en la vuelta, oímos la voz del guía que gritaba. ¡Atención, señores!

La luz intensa del manganeso ofreció á nuestros ojos el espectáculo de un mar dormido, silencioso, sin olas, inmóvil, transparente; pero de una inmovilidad perfecta, de una transparencia vaporosa; mar diáfano, apenas coloreado por una ligera tinta verde, de un verde pálido, moribundo, anémico, imposible de describir. Si el color muriera y pudieran

apoderarse de él las palideces de la muerte, entonces sí, entonces podrían describirse las tonalidades de este mar, diciendo que el color verde había muerto, y con las palideces de su cadáver se había teñido aquel cristal clarísimo, formado, en el transcurso de los siglos, con gotas de agua, espiritualizadas por la constancia y el trabajo, limpias de toda impureza, cernidas, antes de caer, por el cernedor implacable de la estalactita.

Allí, descubriéndonos su fondo, con franqueza de virgen, estaba el mar del mundo que entonces visitábamos; mundo al que nada faltaba, ni habitantes siquiera; su pacienzudo creador hábale dotado de ellos, colocando en la ciudad figuras borrosas de hombres y mujeres, sentados á la puerta de los edificios, plantados en medio de las calles, acostados entre las verduras de la campiña; de animales salvajes, que dormían en medio de los bosques, de aves desconocidas, que se aferraban á las ramas de los árboles ó aparecían por entre las hojas; de insectos, suspendidos sobre las espigas ó sobre las flores de los campos, sembra-

dos en la bóveda irregular de la cueva... Nada faltaba en aquel mundo, hecho á semejanza del nuestro; sólo que todo estaba como momificado, viviendo dentro de una tumba.

Tan soberano desbordamiento de paisajes de piedra, era contemplado por nosotros ó con mudo asombro ó con frases de admiración. Y con nuestro respeto, con nuestro profundo acatamiento, con nuestra actitud reverente y humilde, formaban contraste delicioso el despreocupado ir y venir del guía, su charla franca, el chispeante regocijo de su alegre carácter, más alegre entonces gracias á algunas copas de rom, que le habíamos hecho beber. Como Pedro por su casa andaba el *payés* mallorquín por aquellas crujías de sombra, moviéndose de todo, poniendo á cada cosa un mote, tratando tú por tú á las estalactitas y á nosotros también. En más de una ocasión le dijo al más próximo: "¡Oye, aquí tú pagas y yo mando!" ó gritó al más apartado de la senda: "¡Ven aquí, *pijotero*, que desde aquí lo verás mejor!" Era la nota cómica en aquel drama de la Naturaleza, la risa de aquellas tinie-

blas, el bufón de aquel palacio de la sombra, cuyas bellezas nos enseñaba con verdadero instinto de artista, iluminando los sitios más notables y los lugares más hermosos, pero manoseándolos con familiaridad extrema, con la familiaridad de la costumbre. Trataba á las estalactitas y á las estalacmitas de *su* cueva como trata el sacristán á las imágenes de su iglesia, sin ningún respeto, pero con mucha gracia y poniéndolas en condiciones de llamar la atención de los fieles y sostener los rendimientos materiales y morales del culto.

Mientras llegaban á mis oídos las palabras del guía, como una música retozona, daba yo vueltas en mi cerebro al espectáculo grandioso que había presenciado; y antojóseme que aquel mundo sombrío, vivió, en tiempos remotos, la vida tumultuosa que nosotros vivimos hoy; que tuvo sus fiebres, sus entusiasmos, sus enervamientos, sus luchas, sus ambiciones, sus amores, sus odios...; que llevó al último extremo las vibraciones de su espíritu y las sacudidas de su carne...; que dominado al fin por esta última, cayó en el más

asqueroso embrutecimiento; y advino un día en que toda aquella naturaleza pecó sin tasa contra los mandatos de su Dios: los hombres, las fieras, los insectos, los árboles, las plantas, las llanuras, las montañas, el mar; todos ellos eran delicuentes, monstruosos, sin redención posible; y su Dios, queriendo castigarlos con el más horrendo de los castigos, les privó de la luz para siempre.

Así veía yo aquel mundo; así me explicaba su actual situación, así el aspecto que ante mis ojos ofrecía. El castigo vino de pronto; la luz del sol se apagó de repente, á un soplo de la divinidad; un crepúsculo vago, brevísimo, formado por los rayos dispersos de luz que habían descendido á la tierra, alumbró por cortos instantes el terror general; luego vino la sombra, la catástrofe; y aquel mundo, enloquecido por el terror, comenzó á andar á tientas, tratando de escaparse, de huir, hasta que comprendió lo inevitable de su pena, lo imposible de su salvación. Al comprenderlo, un pánico general se apoderó de todos. Los árboles se apretaron unos contra otros; las hojas

quedaron inmóviles; las hierbas se reunieron en haces espantados; el mar encalmó su oleaje; los edificios se tambalearon, cayendo sin concierto; las fieras del bosque se arrojaron al suelo, entumecidas por el espanto; las aves permanecieron mudas sobre las ramas que las sostenían, con las alas abiertas y sin atreverse á volar; los insectos se agarraron al tallo de los vegetales con abrazo epiléptico; los hombres quisieron gritar y no encontraron eco donde resonara su voz; andar, y no supieron dónde poner el pie; sobrecogidos, agarrotados por el más horrible de los estupores, quedaron, donde les sorprendió la hecatombe, con la boca abierta, el cuerpo contraído y las manos tendidas hacia delante en ademán de súplica... El viento se ocultó con susurro cobarde en el último rincón de la cueva; y la sombra, la sombra eterna, cayó sobre aquel mundo como la tapa de un ataúd sobre un cadáver.

Y allí está, quieto, inmóvil, mudo, convertido en piedra, de puro contraer sus organismos, abandonado de su Dios, sin que ruido

alguno turbe el silencio de su cárcel, más que el producido por las gotas de agua que caen sobre el lago, profiriendo un solemne *chist*, mandato imperativo de silencio perpetuo... ¡Allí está ese mundo desde hace siglos y más siglos, purgando su culpa, esperando inútilmente el rayo de luz que ha de redimirlo!

MARES DE INVIERNO